

Estampa

30 cms.

Director
Propietario:
Luis Montiel

Redactor-jefe:
Vicente
Sánchez Ocaña

Revista Gráfica = Paseo de San Vicente, 18 = MADRID



LAS ALCALDESAS ESPAÑOLAS,

es el título de una amplia información que se publica en las páginas 2, 3, 4, 5 y 6, en la que ESTAMPA presenta a sus lectores algunas de las muchas alcaldesas que desde hace unas semanas rigen los pueblos españoles. La que aparece en la portada, saludada por las jubilosas aclamaciones de sus convecinos, gobierna un pueblo muy cercano a Madrid: Boadilla del Monte.

(Foto Erik.)

LAS ALCALDESAS ESPAÑOLAS

Alcaldesas vascas



La maestría de Segura (Guipúzcoa), señorita Carmen Almandoz, una de las cinco que hasta ahora han resultado elegidas en la provincia para el primer puesto en una corporación municipal.

Hasta hace unas semanas no existía en nuestro país más que una alcaldesa: la de Gallur, que nuestro colega Ahora descubrió en un reportaje. La reciente renovación de Ayuntamientos ha multiplicado el tipo. Hay centenares de alcaldesas. Se puede asegurar que en todas las provincias se encuentran algunas. En la información que sigue, y en otras que daremos en los números próximos, presentamos unas cuantas.

—Señorita, usted que es maestra, ¿puede decirme si la palabra alcaldesa está bien empleada aplicándola, como se hace estos días, a la mujer que por las disposiciones recientes haya sido llamada a ocupar la presidencia de un Ayuntamiento?

Esta pregunta se la hacía yo a la maestría del pueblo guipuzcoano de Segura, una de las cinco que hasta ahora han resultado elegidas en la provincia para el primer puesto de una corporación municipal. Se llama Carmen Almandoz esta muchachita de veintiséis años, que lleva muy gentilmente su belleza sobre unos zapatitos comprados en San Sebastián la tarde de asueto de algún jueves.

—Pues verá usted—me contesta ella—. Alcaldesa..., alcaldesa..., ¿no será la mujer del alcalde?

—Eso me parecía a mí; pero, aun a riesgo de faltar a la propiedad gramatical, yo no le podría llamar a usted más que alcaldesa.

—No entiendo por qué.

—Pues es sencillo. Pasa usted repiqueteando sua-

vemente en el alfabeto de estas calles bien cuidadas de Segura y no hay forastero—viajante, comisionista o agente de Seguros—que le niegue el piropo a que su belleza le da derecho. Considere usted lo terrible que sería para él adquirir luego el convencimiento de que había estado enamorando al alcalde. ¿Cree usted en el refrán ése de que el nombre no hace a la cosa? Sí que la hace, sí. Y hasta la deshace. Alcaldesa, alcaldesa es mejor.

—Al menos para andar por la calle, ¿no?

—Y hasta al pie de los bandos. De otra manera su firma resultaría siempre un poco falsificada: "Yo, el alcalde, Carmen Almandoz. Hay un sello que dice: "Alcaldía Constitucional de Segura." ¿Quién va a pensar, leyendo eso, que tiene usted unos pies tan chiquitos y unos ojos tan grandes? Ha de saber el lector que esta conversación la hemos sostenido la señorita Almandoz y yo en la fonda del pueblo, donde ella se hospeda y donde todos la tratan cariñosamente. Luego, en el Ayuntamiento, ya nos hemos puesto más graves.

—¿Se propone usted trabajar mucho al frente de la comisión gestora del Municipio?

—Me propongo imponerme en seguida de todos los asuntos que hay en trámite y administrar bien el presupuesto en estos tres meses que ha de durar mi gestión. Entiendo que la República no me ha puesto aquí para otra cosa.

—¿Y no le da a usted miedo esto de los presupuestos?

—Administro el mío desde que salí de la Normal y tuve que ir a regentar una escuela perdida allá por las montañas de Asturias. No creo que el presupuesto del Municipio, por ser mayor, sea más difícil de ajustar.

—¿Es usted vasca?

—Soy del pueblecito de Astigarraga, cerca de San Sebastián.

—¿Le interesa la política?

—La siento como la sienten hoy tantas mujeres de esta tierra, pero no pertenezco a ninguna agrupación determinada. Tampoco traería la política al Ayuntamiento. Ya le he dicho que el

encargo que me ha dado el Gobierno es puramente administrativo y procuraré cumplirlo en el mejor acuerdo con mis otros dos compañeros de comisión.

—¿Han celebrado ya alguna sesión?

—La de constitución solamente. La primera ordinaria la celebraremos esta tarde. Espero que no reñiremos.

—Yo estoy seguro de ello, señorita alcaldesa.

* * *

Si uno no lleva un chofer que conozca bien la provincia, no es fácil dar con el pueblo de Albistur, que buscando donde esconderse, al fin ha dado con un rincón muy disimulado entre Tolosa y el alto de Vidania.

Tengo que llegar hasta él, porque aquí también hay alcaldesa y he de ver hoy si es posible a las cinco mujeres fuertes elegidas en Guipúzcoa para un cargo tan importante.

La de Albistur ha agradecido mucho la visita. Me lo dice ella misma:

—Estoy encantada de que hoy haya venido a verme un periodista. Se lo digo con toda sinceridad. He luchado por el cargo y lo he conseguido. Estoy satisfecha.

—¿Pero había posibilidad de lucha estando la ley tan terminante?

—Hubo lucha porque los eternos amos del pueblo no querían abandonar sus posiciones. Usted ya sabe que la ley ha obedecido al deseo de acabar con el caciquismo, que hacía posibles los Ayuntamientos elegidos por el artículo 29. Las comisiones gestoras que los sustituyen están integradas por tres vocales: un contribuyente, un obrero y un funcionario—el más joven—del Estado. En estos pueblos pequeños es el maestro el único funcionario que el Estado tiene. En algunos de ellos se ha elegido alcaldesa a la maestra, de común acuerdo entre los tres vocales, considerándola como la más capacitada. Aquí fué por sorteo. En eso no hubo lucha. La lucha fué porque nacionalistas y tradicionalistas, que habían hecho de este pueblo un coto de su propie-



La señorita María Ictar Arana, alcaldesa de Legazpia.

dad, opusieron a mi nombre, hasta el último momento, el de un maestro municipal hechura suya. Si yo, ayudada por mi compañero el maestro nacional del pueblo, no hubiera luchado con valentía, acaso hubieran llegado a convencer al gobernador.

—Usted, según eso, en política...

—Soy republicana, más republicana cada día. La única republicana en Albistur. Figúrese usted si tendré que serlo con fuerza.

—¿Se propone usted demostrarlo en su gestión?

—Sí, pero sin ensañarme con nadie, empezando por respetar las ideas de todos, para que ellos respeten las mías. Si yo pudiera, haría en primer lugar la política de higiene y saneamiento que el pueblo necesita; pero, por lo menos, trataré de traer un poco de alegría a esta juven-



Doña Maximina Jiménez, alcaldesa de Berrobi, con los alumnos de su escuela.



La alcaldesa de Cestona, doña Purificación Gil.

—¿Difícil?

—No creo que lo sea demasiado, con un poco de buena voluntad.

—¿Tiene usted ideas políticas?

—Claro está que las tengo. Pero vamos a dejarlas ahora, porque no son del caso. Y, además, fíjese usted; desde todas las ventanas de la plaza nos están mirando. Terminen pronto la fotografía, no digan que ya me estoy dando postín con el cargo.

Cestona es un gran pueblo, no sólo para los que padecen del hígado, sino para todos los que quieren tener en verano un lugar de reposo muy distinguido y dotado de excelentes comunicaciones con San Sebastián.

A estas dotes naturales une, desde hoy, la de tener una alcaldesa muy preocupada de la buena marcha administrativa del Municipio. Sentada en su despacho, nos la hemos encontrado resolviendo con el secretario algunos asuntos antes de empezar la sesión.

Es doña Purificación Gil la alcaldesa de más prestancia representativa de Guipúzcoa. Ha aceptado su cargo dispuesta a trabajar en él con decisión.

—En la Historia—me dice—hay mujeres fuertes y valerosas. Si hemos podido ser grandes reinas, también podremos ser alcaldesas.

—¿Usted es casada?

—Con un alemán. Y discuto mucho con él, porque dice que la mujer española está muy atrasada.

—Pues usted tiene que estar doblemente agradecida al Gobierno.

—¿Por qué?

—Por el gran argumento que le ha dado contra su marido.

La maestra de la escuela mixta de Berrobi, doña Maximina Jiménez, es la decana de las de Guipúzcoa. Entre sus chicos, que cantan la tabla de multiplicar, se arroja frioleramente con una toquilla, y eso que en la escuela arde una gran estufa. Y es que el viento golpetea escandalosamente en todas las puertas y ventanas.

Como ve que he reparado en ello, se adelanta a mis preguntas:

—Ajustar esas puertas y conseguir una escuela de niños podría ser mi programa para estos tres meses. Si lo consiguiera, me daría por satisfecha. Me parece muy prudente esta señora, que ahorra palabras y las dice bajito.

No me extrañaría nada que en abril se presentara a la reelección.

José R. RAMOS

(Fotos Photo-Carte.)



La alcaldesa de Albistur, doña Aurea Arregui, en el balcón del Ayuntamiento.

tud. Todos los domingos tocará el taxistu en la plaza, para que bailen y se diviertan estos muchachos, que están tristes porque no les dejan ser alegres.

A las cuatro de la tarde, una maestra está en su escuela, por muy alcaldesa que sea. Y esta escuela de Legazpia es un confortable edificio moderno, en el que no puede considerarse mal albergada ni una alcaldesa ni un obispo.

La maestra de Legazpia, María Iciar Arana, es una muchachita toda modestia. Parece que el cargo debía tenerla completamente aplastada y no es así. Me parece que es la que con más filosofía lo ha recibido.

—Entre los muchos sueños de su juventud ¿había tenido usted alguna vez el de ser alcaldesa, señorita?

—Me hubiera parecido un sueño loco. Y, sin embargo, comprendo que el Gobierno tiene perfecto derecho a exigirnos a sus funcionarios este servicio.

Alcaldesas madrileñas

que se pegaba un papel en la puerta de la escuela, que es al mismo tiempo Ayuntamiento, en el que yo aparecía como presidente de una Comisión gestora. "Bueno—le contesté—; seré alcalde o

lo que ustedes quieran."
 —¿Y qué va a hacer usted?
 —¿Yo?... Nada; ¿qué quiere usted que haga?
 —¿No hay parados?
 —Aquí no hay nada de eso. Todos tienen un pedazo de tierra, del que viven no muy bien. Pero como no hay ningún rico, los pobres no se dan cuenta de que lo son. Además, aquí apenas circula el dinero. Se cambian cosas: huevos con trigo, o gallinas con ropa.
 —¿Hay partidos en el pueblo?

La señorita María del Carmen Pérez Lejárraga, alcaldesa de Alcorcón, está muy ocupada.

—Vamos a ver...: ¿cuánto hacen dos y dos?

—¡Tres!

—¿Tres?... Nena, hoy tú no sabes lo que dices.

Demostración de que dos y dos hacen, mientras no se demuestre lo contrario, cuatro. Luego, cuando la alumna parece convencida, se decide a hablarme en alcaldesa.

—Poco puedo hacer yo por el pueblo. Muchos vecinos trabajaban en Madrid, y sufren ahora las consecuencias de la crisis que padece la capital. Contra eso, ¿qué voy a hacer?

—¿Ha intervenido usted en política alguna vez?

—Nunca. Pero siempre he sido republicana, y es lógico que me entregue con el mayor entusiasmo a toda labor orientada en el sentido de consolidar el régimen.

—¿Qué tal ha acogido el pueblo su nombramiento?

—Muy bien. Todos me quieren y conocen mi buena voluntad.

En la clase, un instante abandonada, los chicos están promoviendo un bonito escándalo. La alcaldesa se despide precipitadamente de mí, y, al verla asomar por la puerta, los chicos, intimidados por su doble autoridad, se callan instantáneamente.

* * *

Robledillo de la Jara es un pueblecito muy pobre, muy gris. Está situado cerca de la presa El Villar, por Lozoyuela. Si quieren ustedes más datos les diré que no le separa ni una legua de ese extraordinario pueblo que se llama Cervera de Buitrago, donde los vecinos tienen seis o siete dedos en cada mano y en cada pie.

La alcaldesa se llama Eulogia Herrera.



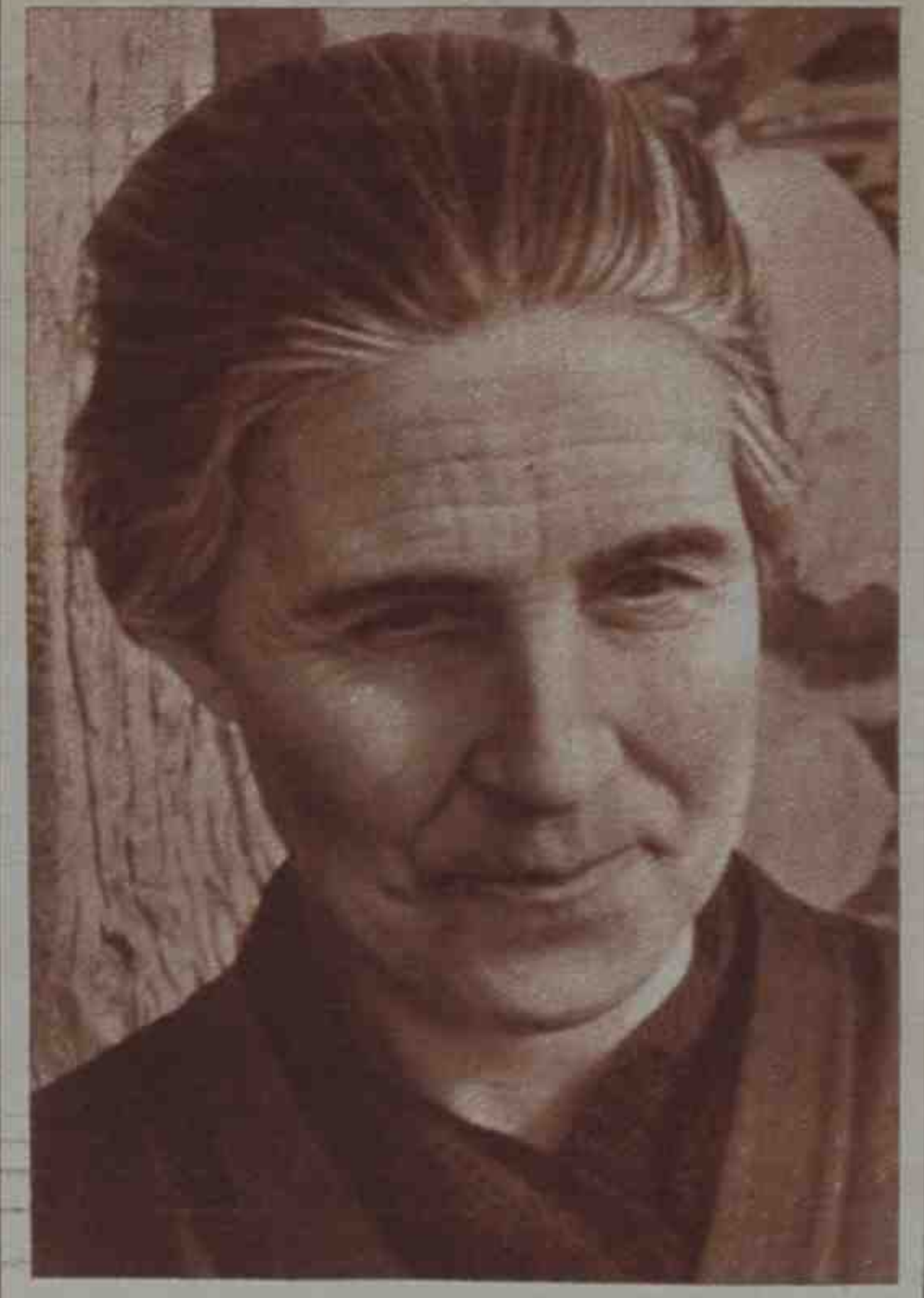
La alcaldesa de Alcorcón, señorita María del Carmen Pérez Lejárraga.

De alcaldesa sólo lleva unos días. De maestra, treinta y dos años...

¡Treinta y dos años enseñando a leer a los zagalines de los pueblos españoles! En Rozas de Puerto Real conoció a los hijos de sus primeros párvulos: ¡diez y siete años nada más! Luego, de una aldea a otra, ha venido a parar a este pueblecito medieval, dispuesto a asomarse al siglo por una carreterita que le van a terminar un día de éstos.

—¿Le sorprendió a usted el nombramiento?—le he preguntado.

—Sí que me extrañó. Un día vino el alcalde y me dijo: "Señora maestra, ahora el alcalde es usted." Creí que era una broma. Pero luego vi



Doña Eulogia Herrera, alcaldesa de un pueblo de la sierra, Robledillo de la Jara, donde nadie se ocupa de política.

—¿Partidos? ¿De qué?

—Pregunto si hay socialistas. O radicales. O agrarios...

—No, no...; ninguno.

Poca labor pesa sobre la alcaldesa de Robledillo de la Jara. Pero mucha sobre doña Eulogia Herrera, maestra, madre de cuatro bellas muchachas, que pretenden ir muy a menudo a Madrid, sin asustarse de las cinco horas de caballería que son necesarias para alcanzar la carretera, y de un niño de catorce años, para el que ya resultan estrechos esos ásperos horizontes de la serranía castellana.

* * *

—¿Le aseguro a usted que estoy deseando el mes de abril, las nuevas elecciones y mi libertad!



La alcaldesa de Cobeña desea que pronto se elija nuevo Ayuntamiento, para poder ocuparse mejor de su escuela y de sus hijos.

Esto es lo que me dice la alcaldesa de Cobeña, doña María Rodríguez Carreño.

—¿Tanto tiempo le distrae el nuevo cargo?

—Mucho, no. Pero es costumbre aquí el que los domingos se reúna el Ayuntamiento. Y yo, los domingos los necesito para ir a Madrid, donde tengo dos hijos, uno estudiando el bachillerato, y el otro, que es maestro, trabajando en un colegio particular.

—Así es que no tiene usted proyectos.

—Ninguno. Además, creo que las maestras no debemos intervenir en las cosas de los pueblos donde trabajamos. Ni siquiera aquí, en Cobeña, donde todo el pueblo se ha alegrado de mi elección. Yo sólo quiero ocuparme de mi escuela y de mis hijos. Y es bastante tarea para una mujer, créame usted.

La señorita Sánchez Hernández, maestra de Coslada, es seguramente la alcaldesa más joven de



La señorita Petra Sánchez Hernández, alcaldesa de Coslada, despachando con el secretario del Ayuntamiento.

voy a tratar de conseguir que se cree en ese barrio otra escuela.

—¿Le gusta a usted la política?

—¿Qué sé yo!... ¡A lo mejor me gustaría!

—¿Otros proyectos?

—No. De aquí a abril hay tan poco tiempo que pocas son las cosas que se pueden intentar.

Boadilla del Monte está al lado de la famosa Venta de la Rubia, y las aristocráticas cacerías eran una fuente de ingresos bastante saneada para algunos vecinos del pueblo.

—Por esta razón—me explica doña Dolores Aparicio y Blanco, la nueva alcaldesa—hay unos veinte parados. Ahora voy a gestionar que se haga una carretera a Brunete; si lo consigo, esa obra lo resolvería todo.

La alcaldesa y maestra de Boadilla es viuda de militar. Cuando la nombraron para el nuevo cargo pronunció un discurso ante los vecinos del pueblo.

“Sentiría—dijo—ser alcaldesa, si en este cargo he de perder la estimación que en el pueblo gané como maestra.”

Hubo aplausos, gritos de “¡Viva la señora alcaldesa!”, y una manifestación de muchachas conscientes, para festejar el triunfo del feminismo.



La alcaldesa de Boadilla del Monte comprobando la exactitud de las pesas usadas en el pueblo.

la provincia de Madrid. Hace nueve años que ejerce en el pueblo y se ha encariñado con él. En el mismo local que ocupa la escuela se halla instalado el Ayuntamiento. Así es que la maestra sale de la clase y queda convertida automáticamente en alcaldesa. Puede, además, presidir una sesión mientras los niños hacen palotes, y hasta corregir las pizarras o sonar a los párvulos en casos de urgencia. Ventajas de la falta de local.

Además, con juvenil entusiasmo, está dispuesta a conseguir algo que le parece necesario para la vida del pueblo.

—Ve usted esa carretera—me dice, señalando un camino recién hecho—. Tres kilómetros más adelante, después de atravesar un paso a nivel, hay un barrio pegado a la estación de San Fernando que pertenece a Coslada. Los sesenta niños que habitan allí no vienen a la escuela por la distancia y, además, por el peligro del tren. Pues bien;

Alcaldesas manchegas

EN los pueblos manchegos, como en el resto de España, han florecido también alcaldesas. Una sonrisa femenina, juvenil en la mayoría de los casos, va a alegrar las sesiones de no pocos Ayuntamientos hasta las próximas elecciones municipales. El gobernador civil de Ciudad Real, señor Fernández Matos, que es, ante todo, un agudo periodista, nos facilitó amablemente un boceto de información, y como le dijéramos:

—Aquí, en la provincia de Madrid, también hay muchas alcaldesas.

El contestó:

—Sí; pero ¿a que no tienen ustedes ninguna en plena luna de miel?

Y es verdad. En Fernancaballero, la alcaldesa, que es, al mismo tiempo maestra, se casó exactamente hace un mes con el maestro del pueblo. No es difícil imaginarse las terribles complicaciones que de esta coincidencia se derivan. Yo, aunque nadie me las ha contado, las imagino.



Una alcaldesa en plena luna de miel: doña Carmen Hornero. A su lado, naturalmente, el marido. La feliz pareja entrega un documento al señor Fernández Matos, gobernador civil de Ciudad Real.



A los veintitrés años, bonita, ilusionada, ¿qué novia no le repite, como un leit motiv, al novio: "¿Verdad que no nos separaremos nunca?" "¿Verdad que iremos a todas partes juntos?..." Y los dos se lo prometen repetidas veces, lo cumplen fielmente durante dos o tres meses, y luego, por acuerdo tácito, introducen ciertas modificaciones en el pro-

La joven alcaldesa de Fernancaballero y su marido paseando por el parque de Ciudad Real.



Enrique Duarte. No parecen, ninguno de los dos, entusiasmados por el nuevo cargo.

—Fué una sorpresa—me dice el marido—. Yo hice cuanto pude por que

una muchacha quien se halla al frente del Ayuntamiento. Esta señorita, que se llama Aurea Rico, sólo lleva año y medio en el pueblo, pero conoce perfectamente sus necesidades. Sobre todo las de las amas de casa.

—Pienso realizar—me dice—una política de abastos. Las mujeres nos preocupamos extraordinariamente de estas cosas, y los hombres deberían secundarnos con más afán, ya que, en la mayoría de los casos, son ellos quienes sufren directamente las consecuencias económicas de la carestía de las subsistencias. He de intentar el abaratamiento de casi todos los artículos de primera necesidad. Para conseguirlo pondré mi empeño de ama de casa económica y la autoridad de alcaldesa. Además, quiero que se construya un grupo escolar.

Soy maestra casi de nacimiento—prosigue—. Mi hermana mayor lo era, y yo, desde pequeña, le ayudaba en lo que podía.

Por el momento, la situación económica del Ayuntamiento es lo que más le preocupa.

—¡Me han entregado una alhaja de Ayuntamiento! —exclama—. Todo está embargado; estamos ahogados en deudas. Yo, que no puedo ver estos líos económicos, estoy intentando desembrollar tan complicada administración. Pero no sé si lo conseguiré...

grama de felicidad conyugal elaborado antes del matrimonio.

Pero durante esos dos o tres meses primeros no hay quien deshaga la pareja. Alguien me ha contado que la gentil alcaldesa de Fernancaballero ha tenido el rasgo delicioso de hacer de su esposo algo así como un alcalde consorte. Los dos juntitos presidían las sesiones, o iban al frente de una Comisión para entrevistarse con el gobernador civil. No sé si lo seguirán haciendo, después de un elocuente discurso de Fernández Matos sobre la sublimidad de los deberes ciudadanos. Es muy joven—veintitrés años—, guapa, simpática. Se llama Carmen Hornero; su marido,

me eligieran a mí alcalde y evitar a mi mujer todos los trastornos consiguientes. Pero no conseguí nada y la nombraron a ella.

—¡Y con bien poca oportunidad!—interrumpe la alcaldesa—. Acababa de quedarme sin criada, y desde entonces estoy atendiendo a la escuela, al Ayuntamiento y a la cocina. ¡Es demasiado!

Luego hablamos de cosas serias:

—Quiero que arreglen la plaza del pueblo, que está muy mal. Y que se apruebe la construcción de un grupo escolar. Lo que no me dice, pero que yo creo adi-



La señorita Iruretagoyena, que no se atrevió a ser alcaldesa manchega.

En la Comisión gestora de Poblete figura otra mujer: la vocal patrono doña Carmen Carrión.

—Tengo tal confianza en la señora alcaldesa —dice—, que yo no me ocupo de nada.

Pero la primera autoridad municipal del pueblo protesta. Doña Carmen Carrión, por su larga experiencia de las cosas del pueblo, es de útil consejo y todo el mundo la escucha con cariño y con respeto.

Y, por último, tenemos la alcaldesa tímida. Mejor dicho: alcaldesa no, que no se atrevió a serlo y sólo aceptó un puesto en la Comisión.

Es muy joven, tiene el rubor fácil y ademanes de chiquilla. Me dice que en clase, para que sus alumnas aprendan a articular con soltura, les hace repetir su apellido varias veces seguidas.

—¿Pues cómo se llama usted, señorita?

—Manuela Iruretagoyena.

No es preciso aclarar que esta linda concejala no es manchega. De Tolosa o así, y criada en San Sebastián.

—Yo no conozco el pueblo—explica—. Hace un año que vine de "allí", y encuentro en la Mancha todo tan diferente: las costumbres, el paisaje, las gentes, que mi intervención como alcaldesa tal vez no hubiera sido oportuna.

Más que como alcaldesa o concejala en estas tierras pardas y austeras, me figuro yo a esta joven maestra con la faldita blanca y la boina encarnada, sobre el fondo de la vieja plaza de Fuenterrabía, con los ojos llenos de verdes paisajes de mar y de alegres ilusiones.—L. G. DE L.



La alcaldesa de Poblete con la vocal patrono, estudiando el medio de abaratar las subsistencias en el pueblo, lógica pretensión en dos buenas amas de casa. (Fotos Erik y Marina.)

vinar, es su deseo de que las próximas elecciones municipales le permitan continuar esa luna de miel interrumpida por unas austeras discusiones en un Ayuntamiento manchego.

En Poblete, pueblecito de Ciudad Real que alberga unos quinientos habitantes, es también

EL AGUA DE COLONIA

CONCENTRADA de la gran perfumería ALVAREZ GOMEZ goza de fama mundial.

SEVILLA, 2.